

“El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, El me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros y proclamar un año de gracia del Señor...”

Hemos sido ungidos no para ser reyes, sino servidores, hemos sido ungidos para pastorear... **servimos pastoreando.**

El pastoreo es lo más propio de nuestro ministerio: evangelizamos pastoreando, no administrando conceptos, no “gestionando”.

Curiosamente Dios eligió pastores para conducir a su pueblo: Abraham, Moisés, David.

Y la autoridad del pastor se la da no su genialidad, sino su presencia constante, su dedicación, el cuidado que le dispensa a las ovejas de su rebaño. La clave del pastoreo por lo tanto es la presencia afectiva y efectiva.

Los que entienden de Biblia y de sus lenguas dicen que la traducción exacta de Yahvé no es tan fácil, pero querría decir algo así como: “yo estoy”, “yo estoy donde tú estás”. Y en el Nuevo Testamento, el Señor se nos presenta como el Buen Pastor y agregará el por qué lo es: (porque) “yo estaré con ustedes...” (Mt 28,20).

De hecho si uno va a un pueblo, o a un barrio y pregunta por el cura, lo primero que te van a decir, y es quizás el test decisivo de su ministerio: “No está nunca, ni se lo ve”, o lo contrario: “Está, nos conoce, camina el barrio, nos visita, nos quiere”. Lo primero que nuestro pueblo valora de nuestro ministerio es presencia o ausencia. Y el pueblo en el sentir –nos recuerda el Papa- es infalible.

El pastor está y está de pie, para no perder de vista el rebaño. Tiene, a raíz de su cercanía, su olor-como insiste el Papa Francisco-. Las conoce por su nombre y ellas conocen su voz. Por

otro lado, es una persona dispuesta a derramar su sangre por su rebaño, y entrando ya en lo novedoso de Cristo, el Pastor –dice San Agustín- se vuelve pasto para sus ovejas (en la Eucaristía).

Saint Exupéry en “La Ciudadela”, su obra póstuma, tiene un relato muy lindo donde posiblemente se inspira en su padre que por lo visto era una especie de intendente o jefe comunal, muy querido y respetado. Pues este hombre una mañana al cruzar la plaza del pueblo se encuentra una niñita abandonada, llorando, y piensa por un lado que si sigue de largo seguirá siendo el buen jefe para su gente, pero no habrá sido fiel a su misión: “Si paso de largo –dirá- no habré acabado mi obra. Es necesario que esta niña sea consolada”. Por otro lado, cae en la cuenta que no todo estaba “bajo control”, que hay cosas que se nos escapan. Y entonces, le brota una oración “cristianísima”, que habla de nuestra impotencia, de nuestra incapacidad para resolverlo todo y del recurso al “Dios más grande”, a ese Pastoreo con mayúscula que el Señor ejerce con su pueblo

“... Señor mi manto es demasiado corto, y soy un mal pastor que no sabe abrigar a su pueblo... préstame un pedazo de tu manto para que en él reúna a mis trabajadores, y a mis sabios, y a los esposos, y a los niños que lloran”¹.

Así pues, el pastor aparece como guía afectuoso, comprensivo, capaz de infundir esperanza, condescendiente con todos, que corrige con dulzura ...” (2 Tim. 2, 22.25), que no grita, que no anda alzando la voz por las calles; que no rompe la caña cascada ni apaga la mecha que se extingue (Mt. 12,18, inspirada en Is. 42, 1-4); al que pueden “acudir todos los que están afligidos y agobiados, para ser aliviados” (Mt. 11, 28-30).

Ser Pastores -como nos anima el Papa Francisco- significa asumir, por pura gracia de Dios, y a pesar de nuestra debilidad, la

¹Antoine de Saint-Exupéry, *Ciudadela* (Buenos Aires, Goncourt, 1983) pag. 63.

responsabilidad de **caminar delante del rebaño**, sin indecisión al guiarlo, para hacer reconocible nuestra voz tanto para quienes han abrazado la fe como para quienes aún «no pertenecen a este rebaño» (Jn 10, 16):

Significa salir a buscar a las dispersas, ir a los rebaños lejanos, los indiferentes y hasta los agresivos. Esto es difícil. Es tentador quedarse en casa, con unas poquitas ovejas dóciles, que por supuesto también hay que cuidar. pero a nosotros obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados: el Señor nos quiere pastores, no peinadores de ovejas (Asamblea diocesana de Roma, 17 de junio).

Ser pastores quiere decir también disponerse a **caminar en medio**, capaces de escuchar el silencioso relato de quien sufre y sostener el paso de quien siente que ya no puede más; atentos a volver a levantar, alentar e infundir esperanza. Nuestra fe sale siempre reforzada al compartirla con los humildes: cuando nos inclinamos ante quienes el Señor confió a nuestra solicitud.

Entre ellos, reservemos un lugar preferencial para los más pobres: que para ellos nuestro corazón, nuestras manos y nuestra puerta permanezcan abiertas en toda circunstancia.

Ser pastores a veces es ir **detrás del rebaño**, viendo, pispiando por donde Dios va conduciendo a su pueblo, para poder servirlo y no ser obstáculo.

Tendremos que ir reacomodando el corazón ahora que vamos volviendo a la normalidad... retomando actividades, volviendo a vincularnos con la gente.

Para poder, rezar, preparar el corazón, para este momento, nos puede servir la experiencia de Nuestro Señor, que después del bautismo fue llevado al desierto por el espíritu para ser probado...

40 días de soledad en el desierto (una verdadera cuarentena),

Es interesante ver qué hizo el Señor una vez cumplido ese tiempo, cuando pasó del aislamiento a la normalidad.

Y si tuviéramos que resumir cuál fue esa actitud post-cuarentena podemos decir que terminada esa experiencia el Señor empieza a **contactarse, a estar cerca.**

De entrada nomás, lo vemos al Señor que se acerca a los de la barca, los llama, los invita a correr con él su suerte...

Lo vemos entrar en casa de Simón,

Vemos cómo les traen, le acercan los enfermos...

Lo vemos ir de visita y a descansar a casa de sus amigos: Lázaro y sus hermanas Marta y María...

Lo vemos sentarse a la mesa con sus amigos antes de la Pasión, compartiendo su miedo y preparándolos para la prueba, y comprometiéndolos para el servicio que ahora quedará en sus manos...

Lo vemos ir de Galilea a Judea, de Judea pasando por Samaria haciéndose el encontradizo con la samaritana en el pozo, y más allá toca a un leproso, y cura al epiléptico.

Se nos pide excentricidad: que es darse hacia afuera, olvidarse de sí mismo.

Una excentricidad que no busca ojos bonitos, sino ciegos; no calles luminosas, sino callejones oscuros; no la fiesta, sino inválidos desde hace 38 años (Cfr. Jn 5,5).

Pronzato:

“El pueblo pide que seamos sacerdotes y basta:

El pueblo no le reclama que haya asistido a tal o cual universidad, pero sí le reclama que asista a la escuela obligatoria del Evangelio.

No le exige que sepa idiomas, pero sí que sea capaz de entender y de hacerse entender con claridad.

No le pide que aparezca regularmente en la TV, pero sí que aparezca en la puerta de su casa cuando hay una pena, un dolor, un problema o una alegría que compartir.

Curas sin adjetivos, que modestamente, sin ruido, pero con seriedad y convicción, han decidido que vale la pena “perder la vida” por causa del Evangelio.

Que el Señor nos de brazos y hombros fuertes para cargar a las ovejas, mirada penetrante y compasiva para encontrar a las perdidas (entre las que me incluyo) Nos de esa capacidad, ese "ojo" que se necesita para ubicar siempre a la más lastimada y por eso mismo, "la preferida" del Señor. Y la capacidad de alegrarse por la gracia de ser dispensadores de la misericordia del Pastor Bueno.

Que el Señor renueve nuestro corazón y nos dé un corazón nuevo. Que Nuestra Madre la Virgen y nuestros santos pastores cordobeses: Brochero, Esquiú, Angelelli: nos echen una mano...

Mons. Ángel Sixto Rossi
Arzobispo de Córdoba